

ESTACIÓN I

ORIGEN RAÍZ

La herencia emocional



No elegimos el origen, pero sí podemos elegir qué hacer con la herencia que nos dio identidad.

KARLA APARICIO

Todos llegamos a una historia que ya estaba en marcha antes de que apareciéramos nosotros. Nadie entra al mundo en blanco. Llegamos a una casa con cierto clima emocional, con reglas que nadie explica, pero que todos terminamos aprendiendo bastante rápido: cómo se demuestra el cariño, cómo se enfrentan los conflictos, cuándo se habla y cuándo es mejor quedarse callado. Cada familia tiene su propio idioma emocional y, lo más curioso, es que mientras crecemos creemos que ese idioma es simplemente «lo normal». Pero lo normal no siempre es consciente, y muchas veces tampoco es cuestionado.

Crecimos llamando «normales» a muchas cosas que, vistas desde afuera, no lo eran tanto. El silencio después de una discusión, el cariño que no se decía, la forma en que se evitaban ciertos temas, o incluso la manera en que se resolvían los conflictos —o no se resolvían—. Todo eso se volvió paisaje. Nadie lo señalaba, nadie lo explicaba, simplemente se respiraba. Lo que se respira todos los días se vuelve verdad.

Pocas veces nos detenemos a pensar en esto. ¿Alguna vez te has preguntado de dónde viene tu manera de amar? No lo que dices, sino lo que haces sin darte cuenta, lo que repites, lo que te sale automático. La infancia no sólo es una etapa: es el primer territorio donde empezamos a entender el mundo. Ahí se despiertan nuestras primeras intuiciones, nuestras primeras formas de vincularnos y también nuestras primeras maneras de defendernos. Los niños observan

mucho más de lo que los adultos imaginan; observan cómo se aman las personas en la casa, cómo se discute, cómo se atraviesa un problema o cómo se guarda un silencio. Hay casas donde el amor se dice y hay casas donde se intuye, y uno crece creyendo que así — justo así— es como funciona el mundo.

Con el tiempo, esas pequeñas escenas cotidianas se convierten en un mapa emocional que guía la forma en que veremos la vida. Durante la infancia no cuestionamos, absorbemos. Aprendemos a amar como nos enseñaron, a discutir como vimos, a callar como pudimos. Pero hay algo más profundo: el niño no analiza, interpreta. En ese intento por entender el mundo, muchas veces saca conclusiones que no son del todo ciertas, pero que se vuelven verdades internas: si no me hablan, algo hice mal; si se enojan, mejor me quedo callado; si quiero que me quieran, tengo que portarme de cierta forma. Así, sin darnos cuenta, empezamos a acomodarnos para pertenecer, porque, cuando eres niño, no es opcional: es supervivencia.

A veces no nos dicen quiénes ser, pero nosotros encontramos el papel y lo interpretamos con una convicción impresionante. Eso no sólo le pasa a uno, les pasa a casi todos. Durante la infancia no elegimos desde la conciencia, elegimos desde la necesidad, y lo que hacemos para pertenecer muchas veces se convierte en nuestra forma de ser. Así vamos armando una identidad que sentimos completamente nuestra, aunque tenga mucho de aprendido.

La psicología ha estudiado esto durante décadas. John Bowlby explicó que los vínculos tempranos con nuestros cuidadores influyen profundamente en la manera en que nos relacionamos con los demás a lo largo de la vida.¹ Dicho de forma sencilla, aprendemos a vincularnos antes de entender lo que eso significa. Eso no quiere decir que estemos condenados a repetir la historia tal cual, pero sí significa que la historia deja huellas que durante mucho tiempo se sienten como si fueran simplemente «nuestra forma de ser». No las

cuestionamos, no las analizamos, sólo las vivimos... hasta que algo empieza a incomodar.

Hay algo más que pocas veces nombramos, pero que todos llevamos dentro: ese niño que fuimos. No como recuerdo, sino como presencia. Ese niño que aprendió a amar de cierta forma, que entendió el mundo con las herramientas que tenía, que se adaptó como pudo. Crecemos, cambiamos de casa, de edad, de historia, pero ese niño no se va, nos acompaña. A veces se asoma en nuestras reacciones, en lo que nos duele sin saber por qué, en lo que necesitamos y no siempre sabemos pedir. Carl Jung hablaba de cómo lo que no hacemos consciente en nuestra historia sigue influyendo en nuestra vida.² Lo que no se nombra no desaparece, se transforma: en silencios incómodos, en reacciones que ni nosotros entendemos, en patrones que se repiten una y otra vez aunque juremos que no queremos vivir lo mismo.

No sólo es la mente, el cuerpo también recuerda. Reacciona antes de que podamos explicarlo, se tensa, se cierra, se defiende... incluso cuando la situación presente no lo amerita. Pero para el cuerpo no es presente, es memoria: es una emoción antigua activándose en un momento nuevo. Y uno ahí, preguntándose por qué reaccionó así, como si no hubiera historia detrás.

Las familias transmiten mucho más que apellidos o tradiciones: transmiten maneras de reaccionar ante la incertidumbre, de cuidar, de enfrentar el miedo. En algunas casas la fortaleza se aprende en silencio; en otras, la sensibilidad se vuelve el lenguaje principal; en otras más, el conflicto se evita tanto que termina convirtiéndose en una presencia constante que nadie nombra, pero que todos sienten. Nada de esto suele enseñarse con discursos, simplemente se vive.

El lugar que ocupamos dentro de la familia también nos forma. No es lo mismo ser el hijo mayor que el menor ni crecer siendo quien observa todo desde el principio que ser quien llega a una historia que ya tiene cierta estructura. El mayor muchas veces aprende

a hacerse cargo antes de tiempo, a abrir camino, a sostener; los que vienen después encuentran un terreno distinto, con padres que ya pasaron por ciertas experiencias o con reglas más flexibles. Alfred Adler observó que el orden de nacimiento influye en la manera en que aprendemos a relacionarnos con el mundo.³ No es una regla exacta, pero sí una tendencia que se repite más de lo que imaginamos, ya que cada quien encuentra su forma de pertenecer, y muchas veces esa forma se vuelve su forma de estar en la vida.

Con el tiempo, empezamos a notar que muchas de las habilidades —y también algunas de las cargas— que llevamos en la vida adulta comenzaron en ese pequeño escenario doméstico donde aprendimos a convivir con otros. Ahí practicamos por primera vez el amor, el conflicto, la paciencia... y también el cansancio emocional que a veces implica vivir en comunidad.

Después, la vida hace algo interesante: nos expone a otras formas de vivir. Conocemos personas que crecieron en ambientes completamente distintos, vemos relaciones que funcionan con otros códigos emocionales, escuchamos historias que nos confrontan. Entonces aparece una pregunta que puede ser incómoda, pero profundamente reveladora: ¿de dónde viene todo esto? Ese momento, aunque no siempre es cómodo, es valioso, porque el verdadero cambio no empieza cuando entendemos, empieza cuando dejamos de justificar. Cuando dejamos de decir «así soy yo» y empezamos a preguntarnos «¿de dónde viene esto que soy?».

Entender el origen no es para señalar culpables ni para quedarnos atrapados en lo que fue. Es para recuperar algo que a veces olvidamos: la posibilidad de elegir distinto. Porque sí, venimos de una historia, pero no estamos obligados a repetirla completa. Hay cosas que merecen continuar: formas de amar, de sostener, de acompañar, pero también hay patrones que, una vez vistos, pueden transformarse. No siempre es fácil, porque lo aprendido se siente natural, pero es posible.

Crece no es romper con todo lo que nos formó, es mirar la raíz sin miedo y decidir qué parte seguirá creciendo contigo y cuál ya cumplió su función. Durante mucho tiempo creemos que somos exactamente aquello que aprendimos a ser, pero poco a poco, si nos lo permitimos, empezamos a elegir.

El origen nos marca, sí, pero no nos escribe completo. Lo que aprendimos se queda, lo que entendemos transforma. Quizá crecer sea justo eso: dejar de repetir sin saber por qué para empezar a elegir con conciencia. No estamos obligados a vivir nuestra historia otra vez. Todo lo que sigue empieza justo ahí.

Antes de cambiar cualquier cosa hay que atreverse a mirar de dónde viene. Lo que sigue no es teoría, es vida. Es el punto donde todo esto empieza a tomar forma, donde nos toca empezar.

Hay escenas que no hacen ruido, pero se quedan. No tienen explicación ni alguien que las señale como importantes, simplemente ocurren y algo en ti las guarda, como si supieras —desde muy chico— que ahí hay algo que un día vas a entender mejor. Yo era niña cuando en mi casa empezó a acomodarse algo sin palabras: yo era la mayor. No hubo una conversación, fue la vida organizándose frente a mí. Mi hermana menor había nacido antes de tiempo y necesitaba cuidados especiales, así que la atención giraba naturalmente hacia lo urgente; mi otra hermana también tenía sus momentos, sus propias necesidades, y yo... yo estaba bien. No porque no me quisieran —hoy sé que me amaban—, sino porque estaban ocupados sosteniendo lo que en ese momento lo requería más.

Cuando eres niño, no lo cuestionas. Lo entiendes, te adaptas, te acomodas. Empiezas a observar más de lo que hablas, a no estorbar, a ayudar, a ser quien puede. Sin darte cuenta, te colocas en un lugar que parece natural: el de quien comprende, cuida, el de quien no complica, aun cuando todavía no estás listo para hacerlo. Con el tiempo eso se vuelve parte de tu carácter, como si siempre hubieras sido así, cuando en realidad empezó ahí, en ese lugar que

ocupaste dentro de tu familia. Aprendí a cuidar antes de tiempo, a estar pendiente, a resolver desde muy chica, y aunque eso me dio herramientas que hoy valoro, también me dejó una forma de estar en el mundo donde, muchas veces, siento que si yo no estoy, algo se puede caer.

Recuerdo una escena que ocurrió una o dos veces, pero se quedó completa en mi mente. Es de noche y estoy en mi cama. La luz está apagada y la casa en silencio tiene ese peso particular que sólo se siente cuando todos duermen. Me llevo la mano a la cara y encuentro un punto en la mejilla, pequeño, casi imperceptible. Empiezo a rascar, despacio al principio, como probando, y luego con más insistencia, siempre en el mismo lugar, hasta que la piel se abre y se vuelve un raspón. No hay enojo, no hay desesperación, no hay una idea clara de lo que estoy haciendo, pero sí hay algo muy profundo que hoy puedo nombrar mejor: una necesidad; la necesidad de que me vean. De que alguien lo note al día siguiente. De que alguien pregunte qué pasó.

Recuerdo la mañana. El ardor leve en la piel, la sensación del roce al vestirme, y al mismo tiempo, esa expectativa silenciosa mientras me muevo por la casa, pasando cerca, dejando que me miren, esperando que algo detenga la rutina. Pero no pasa. Nadie se detiene. Nadie pregunta.

Ese momento, tan pequeño desde fuera, para mí fue fuerte. No por la herida, sino por lo que se movió adentro. Era una sensación difícil de explicar en ese momento, pero muy clara ahora: soledad. Una forma de sentirme aislada aun estando dentro de mi casa. Entonces, sin saberlo, encontraba la forma de pedir ayuda.

Es impresionante cómo, cuando somos niños, buscamos maneras de decir «aquí estoy» incluso sin palabras. A veces lo hacemos desde el llanto, a veces desde el silencio... y a veces desde el cuerpo. En mi caso no era una metáfora, era real. Era una niña tratando de ser

vista, tratando de generar una pausa en medio de todo lo que pasaba alrededor, intentando —a su manera— hacerse presente.

Después supe que la maestra fue quien llamó a mis papás. De ahí mi memoria ya no sigue, pero tampoco lo necesita. Con eso basta para entender lo que estaba pasando.

Con el tiempo he podido mirar esa escena desde otro lugar, para entenderla en lugar de juzgarla. Ese niño interior no desaparece, se queda, crece contigo, y muchas veces reacciona desde esos primeros lugares donde aprendió a sentirse solo, a no ser visto o a tener que poder con todo. He trabajado ese tema, he tomado talleres, he leído, he intentado comprenderlo, y aun así no desaparece. No se trata de eliminarlo, sino de aprender a reconocerlo, de darte cuenta cuándo algo que sientes hoy no viene sólo del presente, sino de una herida más antigua que en su momento no tuvo palabras.

Trabajar eso duele. Duele de verdad. Hay momentos en los que el corazón llora desde adentro, sin hacer ruido, pero con una profundidad que sorprende. Pero también es necesario, porque cuando empiezas a mirar a ese niño con más conciencia, con más amabilidad, algo cambia. No desaparece la historia, pero deja de gobernarte igual. Empiezas a reaccionar distinto, a darte espacio, a vivir con un poco más de claridad... y sí, también con menos drama.

Junto a todo eso, también está lo otro: la escena luminosa. Mi papá yéndose a jugar fútbol con sus amigos —puros hombres— y mi mamá diciéndole «llévate a Karla», y él encontrando su forma de hacerlo. Abriendo la cajuela del coche, me construyó ahí un pequeño mundo: una mesa plegable, mis muñecas, mis sillitas, mis trastecitos, todo acomodado con cuidado, como si supiera exactamente lo que yo necesitaba sin tener que preguntarlo. Mientras ellos jugaban, yo me quedaba ahí, creando, inventando historias, organizando mi propio espacio.

En ese pequeño universo, dentro de esa cajuela, yo no me sentía sola. Me sentía vista. Me sentía tomada en cuenta. Me sentía querida.

Por eso hoy puedo ver mi historia completa. No como algo que fue bueno o malo, sino como algo que me formó en distintas direcciones. Una niña que aprendió a cuidar cuando no estaba lista, y una niña que también encontró formas de sentirse acompañada. Una que buscó ser vista, y otra que, a su manera, sí lo fue.

Nada cancela nada; todo forma. Cuando lo puedes mirar así, algo se acomoda por dentro, porque el origen no sólo te marca, también te explica.

Ese niño que fuiste, que sigue contigo aunque no siempre lo veas, no necesita que lo corrijas ni que lo cambies. Necesita que, por fin, lo mires con la atención que un día buscó y que ahora sí puedes darle.

EL LINAJE INVISIBLE

Hay familias que no sólo se heredan... se sienten. La mía era así. Crecí en una casa donde, sin que nadie lo dijera en voz alta, las mujeres ocupábamos el centro de la vida cotidiana con una naturalidad que de niña me parecía lo normal, y que con los años entendí que no lo era tanto. Éramos muchas, éramos intensas, sensibles, con carácter, pero sobre todo, éramos libres. Esa libertad no venía de un discurso, venía de lo que pasaba todos los días, de lo pequeño, de lo que nadie subraya.

En mi casa no existía eso de servirle primero a un hombre ni esa idea silenciosa de que alguien valía más por su lugar. No había instrucciones sobre cómo comportarnos como mujeres; había ejemplos. Eso cambia todo.

Tengo muy presente una escena que, con el tiempo, entendí que decía más de lo que parecía. Por las mañanas, cuando la luz apenas entraba por la ventana, y la casa se despertaba lento, mi papá subía las escaleras con un vaso de jugo de fruta de temporada en la mano. Uno por uno para cada una de nosotras: mi mamá y sus tres hijas.

No era un acto heroico. No era algo que se aplaudiera. Era rutina, y justo por eso era tan poderoso.

Ahí, sin palabras, se nos enseñaba algo distinto. Que el cuidado no tenía género, que la atención no estaba condicionada, que podíamos habitar el mundo sin ese peso que muchas veces ni siquiera se cuestiona. Mi papá no nos explicó nada; nos lo mostró, y lo que se muestra todos los días se queda.

Las otras Aparicio —mi mamá y mis hermanas— completaron ese aprendizaje de una forma igual de viva. No me enseñaron cómo ser mujer, me enseñaron cómo estar en la vida. Me enseñaron que sentir no era peligroso, que llorar no te rompía, que decir lo que dolía no era exagerar.

En esa casa no había mucho espacio para la tibieza emocional. A veces eso se volvía intenso, pues había carácter, discusiones y emociones que se desbordaban.

Pero también había algo que nunca faltaba: nos teníamos. Eso, aunque uno no lo dimensioné de niña, terminó marcando la forma en que me sostengo en el mundo.

Con los años entendí que no todas las familias funcionan igual, que cada casa tiene su propio lenguaje emocional, su manera de amar, de contener, de sobrevivir. Algunas enseñan a resistir en silencio; otras, a esconder lo que duele, a competir, a endurecerse, a no necesitar a nadie. La mía enseñaba otra cosa: a sentir y a sostener. Lo que se vive de forma repetida se vuelve familiar, y lo que se vuelve familiar se convierte en verdad, aunque nunca haya sido cuestionado.

Déjame preguntarte algo: ¿en tu casa cómo eran las cosas? ¿Se podía sentir sin filtros, o había que acomodarse para que nada se rompiera? ¿Se hablaba de lo que dolía, o se guardaba para no incomodar? ¿El amor se decía, o se intuía? Porque el linaje no es sólo un apellido. Es todo eso que se queda en tu forma de reaccionar, en lo que toleras, en lo que buscas sin darte cuenta; incluso en lo que juras que nunca repetirías.

En mi caso, ese linaje estaba lleno de mujeres que no se disculpaban por ser demasiado. Demasiado fuertes, sensibles, vivas. Crecer ahí me dio algo que hoy reconozco con claridad: una manera de mirar el mundo con profundidad, con intuición, con una sensibilidad que a veces incomoda, pero también conecta. Me dio carácter, pero también me dejó el reto de aprender a sostener esa intensidad sin que me rebasara.

No todo lo que heredamos se usa igual en la vida adulta. Ahí es donde el linaje deja de ser sólo historia y se vuelve elección.

Llega un momento en el que entiendes que no eres únicamente lo que te enseñaron; eres también lo que decides hacer con eso, que puedes honrar de dónde vienes sin repetirlo todo, que puedes

reconocer la fuerza sin cargarla de más, que puedes quedarte con lo que te sostiene y transformar lo que ya no.

Eso no pasa de un día a otro, pasa cuando empiezas a mirar con más honestidad, cuando dejas de decir «así soy» y empiezas a preguntarte: «¿de dónde viene esto?».

Hoy puedo mirar a las otras Aparicio desde otro lugar. Con amor, con gratitud... pero también con conciencia. Puedo ver lo que me dieron y lo que me tocó aprender después. Puedo reconocer la raíz sin sentir que me limita.

Entendí algo que me cambió la forma de verme: no soy sólo yo, soy todo lo que viene detrás. Lejos de pesar, eso sostiene.

Al final, el linaje no es una cadena que te amarra, es una raíz. Hay apellidos que se llevan, y otros que te sostienen.

CUANDO LA INFANCIA APRENDE A MIRAR

La infancia es ese primer lugar donde aprendemos a mirar el mundo sin esfuerzo, donde todo tiene algo de nuevo y de posible, y donde, sin darnos cuenta, vamos construyendo la forma en que después vamos a entender la vida. No lo sabemos en ese momento, pero mientras jugamos, observamos, inventamos, algo se va acomodando dentro de nosotros. Todos tuvimos alguna puerta de entrada a ese mundo: una canción, una persona, un espacio que, sin parecer importante, terminó dejando una marca. En mi caso, esa puerta fue el arte.

Hay una escena que se me quedó grabada como si fuera una pequeña película que puedo volver a ver cada vez que quiero. Estábamos en la terraza de la casa con la luz entrando de lado, la música de Vivaldi sonando en el fondo y mi papá moviéndose entre nosotras como si todo eso fuera lo más natural del mundo. Tres niñas con bolsas de plástico de las de camiseta puestas como blusas intentaban no mancharse y fallaban desde el primer minuto. Las manos llenas de pintura, el pelo con rastros de color, la ropa que inevitablemente terminaba siendo parte del lienzo. Él, tranquilo, nos miraba con una paciencia que hoy entiendo mejor que entonces, mientras repetía una frase que en ese momento sonaba simple, casi casual: «No tengan miedo. No importa que se manche».

¿Te acuerdas de algún momento así? De esos en los que alguien, sin darte un discurso, te enseñó algo que después te acompañaría toda la vida.

Mi papá hablaba de pintura, pero también de algo mucho más grande: nos estaba enseñando a no tenerle miedo a equivocarnos, a no paralizarnos por el resultado, a entender que crear —y vivir— implica mancharse. Vaya que se manchaban la ropa, la mesa, el piso, y con

el tiempo también entendí que a veces se manchan el carácter, las decisiones, la historia entera.

Crecí entre colores, entre risas de hermanas que a veces terminaban en pleito, entre trazos que no salían como queríamos y otros que, sin buscarlo, se volvían hermosos. En medio de todo eso fui formando una manera muy particular de mirar la vida. No como algo perfectamente ordenado, sino como un proceso en construcción, como un lienzo donde a veces todo parece tener sentido y a veces nada encaja, pero siempre hay espacio para volver a intentar.

No todos crecen así, y eso también lo entendí con el tiempo. Hay infancias donde el sonido que acompaña no es la música, sino los gritos, donde la creatividad tiene que abrirse paso entre el miedo, la carencia o el silencio. Por eso el entorno importa tanto, porque se convierte en el primer filtro con el que aprendemos a interpretar lo que nos pasa. Lo que vemos de niños no se queda ahí, se vuelve una forma de mirar.

Si te detienes un momento, probablemente puedes recordar ese lugar donde algo en ti se despertaba sin esfuerzo. Tal vez no era una terraza ni pintura, tal vez era un balón, una bicicleta, una libreta, una canción o simplemente alguien que te hacía sentir que el mundo no era sólo complicado, sino también interesante. Ese pequeño territorio dice más de ti de lo que parece.

Los niños no lo piensan, lo hacen. Crean, mezclan, inventan, prueban sin miedo. Luego crecen y, por alguna razón, muchos empiezan a olvidar que esa capacidad sigue ahí. Se vuelven más cuidadosos, más correctos, más contenidos, y en el camino a veces dejan de jugar con la vida.

En mi caso, el arte no se quedó en la infancia, sólo cambió de forma. Hoy pinto con palabras. Escribo, observo, trato de entender lo que pasa como quien se acerca a un cuadro que todavía no está terminado. De alguna manera sigo siendo esa niña en la terraza que prueba colores, se equivoca, vuelve a empezar, entendiendo que no todo tiene que salir perfecto para tener sentido.

Si algo aprendí ahí, entre bolsas de plástico, música de Vivaldi y manos manchadas de pintura, es que la vida no se trata de no equivocarse; se trata de atreverse. Esa es una de las pocas cosas que de verdad vale la pena no olvidar. Al final, la vida —como la pintura— no se cuida; se vive.

CUANDO CRECIMOS DEMASIADO PRONTO

Hay etapas que no se sienten como deberían. La adolescencia, dicen, es para descubrirte, equivocarte, probar, cambiar, pero la mía no tuvo ese ritmo; la mía fue más bien un salto, como si hubiera pasado de niña a adulta sin detenerme en medio, y si tengo que ponerle una imagen clara a ese momento, me voy directo a mis quince años... y a un Volkswagen.

El coche llegó a la casa días antes. Ahí estaba, estacionado, como si nada, como si no viniera a cambiarme la vida. Nadie me había dicho que era para mí, pero yo lo sospechaba. De esas veces que no sabes por qué, pero sabes. Pasaba junto a él con esa mezcla de ilusión y cautela, como si al mirarlo demasiado se fuera a desvanecer.

Antes de cumplir catorce yo ya vendía Avon. Viéndolo hoy, creo que ese fue mi primer negocio, mi primer acercamiento a eso de generar, de responder, de tener clientas que confiaban en mí. Cuando llegaban los pedidos había que entregarlos, y yo me tomaba eso en serio, pero también disfrutaba esa sensación de moverme, de resolver, de sentir que podía.

Ese día llegaron los pedidos y se me hizo fácil. Ahí estaba el coche, quieto, como esperando. Le dije a mi hermana que si me acompañaba y nos fuimos las dos muertas de nervios, pero avanzando. Entregué todo, misión cumplida. Entonces vino lo innecesario, la vueltita de pión, esa que nadie te pide pero tú te regalas. Fue justo ahí: el choque seco a los catorce.

Sin permiso, sin edad, sin absolutamente nada que lo justificara, excepto esa mezcla de atrevimiento e inocencia. Si te soy honesta, no fue el golpe lo que más me sacudió, fue lo que venía después: tener

que enfrentar, saber que había cruzado una línea, imaginar la cara de mis papás. Ese peso me dolía más que cualquier otra cosa.

Sin embargo, algo se acomodó ahí, porque entendí —aunque no lo supiera poner en palabras— el tamaño de lo que implica moverte en la vida, decidir, atreverte. También, de alguna forma muy mía, supe que ese coche sí era para mí.

Después vino la confirmación: ese vocho era mi regalo de quince años. Un Volkswagen.

Era libertad, era movimiento, era poder, pero venía con una cláusula: recoger a mis hermanas de sus escuelas: era confianza, estructura, ese equilibrio entre «vuela» y «hazte cargo». Y yo lo hice. Nunca usé esa libertad para perderme ni para hacerme daño, ni para irme por caminos que a esa edad están tan a la mano. Algo en mí —llámale valores, amor, no querer fallar— me sostenía.

La vida ya iba rápido. Entré a la prepa abierta para ganarle tiempo al tiempo, para terminar más rápido, para poder hacer más actividades, porque quedarme quieta no era opción. De ahí me iba a estudiar diseño gráfico, daba clases de natación, me movía de un lado a otro con una naturalidad que hoy me sorprende. Con los niños siempre hubo algo muy genuino en mí, una conexión inmediata, y fue justo eso lo que alguien vio y lo que me llevó, sin buscarlo, a trabajar en Televisa en un programa de niños. Sí, hasta en la tele salí.

Por si no era suficiente, también empecé a organizar fiestas y conciertos. Tendría unos diecisiete años, y cobraba la entrada, sí, pero si soy honesta, eso era lo de menos. Lo mío eran el movimiento, la gente, la energía, la emoción de ver que algo que se te ocurre sucede.

Ya llevaba varias, pero hay una que se me quedó marcada: la del temblor del 85. Decidí hacer un macro evento para los damnificados. Todo lo que se juntara se iba a donar. Ahí pasó algo que hasta hoy agradezco: los grupos de rock del momento se sumaron. Dijeron que sí, estuvieron y tocaron. De pronto, eso que había empezado como una idea se convirtió en algo mucho más grande.

Fue una gran satisfacción a esa edad poder ayudar y no ser indiferente; hacer lo que yo sabía hacer —fiestas—, pero con un sentido distinto.

Visto así, podría parecer que me comí la adolescencia haciendo cosas que no eran propias de la edad, pero también creo que estaba construyendo algo, estaba encontrando una forma de estar en el mundo.

Todo ese movimiento —el Avon, el Volkswagen, la escuela, la tele, las fiestas, los conciertos— no venía sólo del hacer por hacer. Venía de un impulso más profundo de no quedarme quieta, de buscar, de crear, de abrir espacios.

Lo que no entendía en ese momento, pero hoy sí, es que ese impulso no sólo venía de una carencia, también se convirtió en una fortaleza.

Porque ese «hacer mil cosas» terminó siendo la base de algo más grande: la capacidad de atreverme, de no esperar a que las cosas pasen, de inventar caminos, de generar, de construir. Lo que empezó como una necesidad, con el tiempo se volvió una herramienta.

Ahí es donde todo empieza a tener sentido. A veces nuestras heridas no sólo duelen, también empujan. Cuando aprendes a moverte con ellas en lugar de contra ellas, algo cambia, empiezas a construir desde otro lugar, y sin darte cuenta, avanzas.